FL 03 66

Lengua y literatura griegas, guión número 3. La tragedia griega, Sófocles. La tragedia griega, Sófocles. La vida de Sófocles, como ya sabemos, transcurre por entero dentro del siglo V a.C. Nace hacia el año 496 a.C. y muere en el 406.

Por lo tanto, su existencia se extiende desde un poco antes de la Primera Guerra Médica hasta casi la derrota de Atenas en la Guerra del Peloponeso contra Esparta y sus aliados. Sófocles es, cronológicamente, el segundo gran autor griego de tragedias. Pero tal vez podría decirse que es el más representativo en su género principalmente por las importantes innovaciones dramáticas que aportó para la evolución del teatro griego.

De Sófocles, al igual que de Esquilo, sólo conservamos siete tragedias completas. Hayax, Traquinias, Antígona, Edipo Rey, Electra, Filoctetes y Edipo en Colonna. Por noticias de otros autores, sabemos que debió de escribir más de 120 obras, lo que nos hace entrever la cantidad de pérdidas en la transmisión de la literatura de la Antigüedad Clásica.

El interés de Sófocles, al contrario de lo que sucede con Esquilo, se centra ahora en los problemas particulares de los hombres individuales más que en situaciones generales. Por ejemplo, en el Edipo Rey, lo que realmente le interesa a Sófocles es destacar cómo el protagonista ha pasado de un inmenso esplendor a una ruina total. Y así oímos al Coriceo, al final de la tragedia, decir... Habitantes de Tebas, mirad, este es Edipo, descifrador de enigmas y hombre el más poderoso, todos a su fortuna miraban con envidia.

Ved ahora a qué ola ha llegado de infortunio. No juzguéis, pues, dichoso a otro mortal alguno, que no haya aún contemplado aquel último día, en tanto no termine su vida sin dolor. Ahora bien, esta dedicación a problemas individuales y particulares le permite a Sófocles buscar una mayor matización de los caracteres de sus personajes.

Con especial destreza, profundiza en el conocimiento de la naturaleza humana a través de un cuidado estudio individual de las personas y sus situaciones específicas. Generalmente el resultado es una radical soledad del hombre, soledad dolorosa producto de su propia naturaleza independiente del acierto o el fracaso, de lo justo o injusto de la situación. Soledad y firmeza se aprecian en este diálogo entre las dos hermanas, Antígona e Ismena, correspondiente a la tragedia Antígona.

Mira si has de esforzarte y trabajar conmigo. ¿En qué aventura? ¿Qué es lo que estás pensando si al muerto levantarás en unión de estos brazos? ¿Acaso piensas enterrarle estando prohibido a la ciudad? Mi hermano es y el tuyo, aunque tú no quieras. No se dirá de fijo que yo le traiciono.

¡Destichada! A pesar de que Creonte se opone... Ningún derecho tiene a separarme de los míos. Otro ejemplo claro de esta soledad del héroe Sófocles, pero soledad doliente, la tenemos en el Edipo rey. Cuando Edipo comprende que él ha sido el instrumento involuntario de hechos tan

horribles, sólo le queda arrostrar la desgracia en solitario.

La oscuridad en que queda tras cegarse por haber visto tantos crímenes es el mejor símbolo de la soledad de su dolor. En los momentos finales de la tragedia, oímos exclamar al propio héroe. Dolor por mí, todo está claro.

Oh luz, esta es la última vez que quiero verte, pues que todos han visto que he nacido de los que no debía y que he matado a los que no debía. Edipo parte en solitario al destierro, destierro que él mismo pide para espiar su culpa. El dramatismo de Sófocles en la escena de despedida de Edipo de sus hijas es sin duda el momento más humano y doloroso de un hombre en toda la tragedia griega.

Hijo de Menefeo, puesto que sólo eres tú el padre que les queda, ¿por qué nosotros dos que las engendramos? Muertos estamos ambos, no dejes que bendigas y sin esposo vayan errantes estas de tu sangre, ni las iguales con mis males. Compadécete de ellas, viéndolas tan pequeñas y abandonadas, de todos menos tú. A vosotras, hijas, si tuvierais ya juicio, muchos consejos os daría.

Por el momento, pedid conmigo, allí donde la suerte os permita vivir, alcanzar existencia mejor que la del padre que os engendró. Otro personaje Sófocles rico en matización psicológica es el de Electra en la tragedia de su nombre. El tema es de sobra conocido.

Se trata de los hijos de Agamenón que buscan vengar la muerte de su padre a manos de Cliquemnestra, mujer de Agamenón y madre de Orestes y Electra. Esta misma leyenda se desarrolla en la trilogía de Esquilo, La Orestea. En la versión de Sófocles, lo que se pretende de manera especial es poner de manifiesto el carácter de Electra, que incomprendida por su hermana Crisótemis y sin su hermano Orestes se encuentra sola para llevar a cabo la ansiada venganza de su padre.

Morada de Hades y Perséfone, hermes subterráneo y augusta maldición y venerables Erinnis, hijas de los dioses, que miráis a los muertos en injusticia y a los engañados en sus lechos, venid, ayudadme, vengad la muerte de nuestro padre y enviadme a mi hermano, pues yo sola no puedo nivelar la carga de dolor que enfrente pesa. Un elemento constante en la obra Sófoclea es la exaltación del poder absoluto de los dioses frente a la pequeñez del hombre. Toda la obra Sófoclea está plagada de alusiones en este sentido.

En la tragedia Antígona, por ejemplo, oímos cantar al coro. A tu poder Zeus, ¿qué arrogancia de los hombres podría detener? Jamás le coge el sueño que todo lo rinde, ni los infatigables meses de los dioses, y como Señor, si le da en el tiempo, agitas el brillante resplandor del Olimpo. Pero también Sófocles hace frente a problemas que afectan a la colectividad en pleno.

Hay que tener en cuenta que Sófocles está inmerso en un ambiente racionalista y democrático, como es el de Atenas en el siglo V a.C., y que, por lo tanto, estos problemas no le son desconocidos. La postura tiránica de Creonte en Antígona es esclarecedora. El enfrentamiento

entre Creonte y su hijo Hemón muestra al político fanático que antepone la razón de Estado a todo y desprecia los derechos individuales.

Para el hombre, por sabio que sea, no es deshonra alguna el aprender más y más y el no obstinarse demasiado. En las corrientes de las torrenteras ves cómo conservan sus ramas los árboles que ceden y cómo son arrancados de raíz los que resisten. Lo mismo, quien con fuerza mantiene tensos los cabos de la vela y no cede en nada, navega en adelante con la quilla boca arriba tras haber hecho dobrar la nave.

Apacigua tu cólera y consiente en cambiar, Creonte, hermoso es aprender de quienes hablan con prudencia. ¿A mis años voy a recibir lecciones de cordura de un mozalbete como tú? Nada hay en ellas que sea injusto. Y si soy joven, no conviene atender más a los años que a las acciones.

¿Es una buena acción, acaso, tener clemencia con los sediciosos? No te exhortaría yo a tener escrúpulos de conciencia con los malvados. ¿No está Antígona infectada de semejante peste? No lo cree así la muchedumbre de sus conciudadanos de Tebas. ¿Nos va a decir la ciudad lo que debemos ordenar? ¿Ves cómo hablas en esto como un hombre muy joven? ¿Para quién, sino para mí mismo, debo gobernar esta tierra? No hay ciudad que sea de un solo hombre.

¿No se considera que la ciudad es de quien tiene el poder? Bien mandarías tú solo en una ciudad desierta. ¡Canalla! ¿Entras en liticio con tu padre? Porque veo que estás errando en contra del derecho. ¿Estoy errando al velar por el prestigio de mi autoridad? Desde luego no velas por su prestigio al pisotear los honores de los dioses.

En esta tragedia de Antígona es tal vez donde con más claridad se aborda el tema del castigo del culpable. De un lado, el castigo de la heroína por atreverse a transgredir la prohibición del tirano. Y de otro, el castigo del mismo tirano, Creonte, que queda en la más absoluta soledad al imponer sus dictados.

Ahora bien, no se entendería bien el pensamiento de Antígona si solo se viera una reprobación del poder absoluto. Creonte trata de hacer ver la necesidad de nuevas normas. Presenta una nueva concepción de las relaciones con la religiosidad tradicional a la que trata, en cierto modo, de racionalizar, supeditándola al bien común, representado por el Estado que en último término confunde con su persona.

Y ahí está su equivocación. Señores, de nuevo los dioses han restablecido la situación de la ciudad en su recto punto con firmeza tras haberla sacudido con ingente embate. Yo jamás me callaría si viera avecinarse la ruina para los ciudadanos en lugar de su salvación.

Ni tampoco podría acoger jamás en mi amistad a un enemigo de mi tierra, porque sé que es ésta quien nos salva y que cuando sobre ella navegamos con rumbo seguro hacemos los amigos. Tales son las normas con que yo acrecentaré la prosperidad de esta ciudad. Estas palabras justifican para él su actitud frente al cadáver de Polinices que acaba de perecer

luchando contra su patria y que va a desencadenar todo el drama.

Pero no se da cuenta, por otra parte, de que con ello viola principios religiosos y funda una tiranía. Si pasamos ahora a una valoración de la obra dramática de Sófocles, tenemos que hablar, en primer lugar, de su refinada técnica. Ya hemos dicho que en una primera época del teatro el coro era el elemento motor de la acción dramática, situación ésta que aún se conserva en una medida importante en esquilo.

Pues bien, en Sófocles la situación es un tanto diferente. En algunos casos nos encontramos con que la intervención del coro está directamente en relación con la marcha y los acontecimientos de la obra. Un ejemplo, entre otros, podría ser la entrada del coro en escena en la tragedia Antígona.

Tebas ha sido víctima de un asedio enemigo, pero en la noche anterior se ha visto al fin libre de tal cerco y puede ya cantar victoria. En estas circunstancias entra el coro en escena entonando un canto de júbilo al sol radiante del nuevo y feliz día. Rayos de sol, la más bella luz que resplandeció hasta ahora para Tebas, la de las siete puertas, al fin apareciste, ojo del aureolía, viniendo por encima de las corrientes vilceas, tras haber puesto en fuga presurosa a la rienda suelta, a la hueste de blanco escudo que vino de argos, de punta en blanco armada.

Sin embargo, en otras ocasiones el canto y la intervención del coro están ya un tanto desligados de su originario papel de protagonista. Se convierte ahora el coro en un comentador de lo que sucede en escena, haciendo reflexiones de carácter general sobre la marcha de los acontecimientos. Un ejemplo podemos sacarlo de la misma tragedia antígona, cuando se da a conocer que el edicto de Creonte, prohibiendo dar sepultura a Polinices por traidor a la patria, ha sido transgredido.

En ese preciso momento el coro estalla en un canto de admiración y sorpresa. Portentos muchos hay, pero nada es más portentoso que el hombre. Allende el espumoso mar avanza empujado por el tempestuoso noto.

A la tierra, la más excelsa de las deidades, imperecedera, infatigable agobia con el ir y venir de los arados de año en año, al labrarla con la raza caballar. Lenguaje, pensamiento, tan raudo como el viento, civilizada disposición aprendió. Nada habrá en el futuro a lo que sin recursos se encamine, tan solo medio de evitar la muerte no habrá de encontrar.